

ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor ecsagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudór de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienas, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo*; y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coge un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues

de echarle un razonable sermón por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brevages purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; después de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores que el sugeto á quien acontecia aquel desmán era el condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginación, y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el caso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agoviado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situación exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante de veinte y cuatro años, que sino recor-

daba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac. Luego venia en la serie de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las múltiples confianzas de ambos consortes; y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada á vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aprocsimada de la cruel posicion de esta indefinida vírgen, con treinta y dos años de expectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundo. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. — Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. — Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona. — Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. — Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil. — El resto del acompañamiento componíanle tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una bo-

Tomo III.

tella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso. — ¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre, serio, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso, el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstancias, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

Era, segun los cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la sétima noche de la enfermedad

del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche, indicacion que fue admitida con aplauso por todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipages*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, á despecho de los años y del estudio; barriga en prensa y sin embargo fiera; trage simbólico y anacrónmico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; baston de caña de

indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y resplandeciente, y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquin.

Seguia el del *humbé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva, ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; trage cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado) produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual agujaba al caballejo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruage, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al fisico viajador, culto y sensible, al médico de las da-

mas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cuatro doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana, cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, á pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades, y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Allí era oír asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas á las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor

repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metía prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruages, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aqui vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza de ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Despues de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie. Aqui hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Brown*, á lo que contestó el serio con toda una esposicion del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflo-

gístico y de la dieta de *Broussais*. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza, hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecía mejor que ningun otro el de Mr. *Le-Roy*, por lo heroico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del fisico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofia de un nuevo descubrimiento á que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hanneman*.

Aqui soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de *curar las enfermedades en sus semejantes*, preguntándole si, como decia Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, segun dijo, deshonoraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el *Bru-sista* trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo

Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolucion formal de aquella cuadruple alianza. Los doctores quedaron como embarazados á tan ecsótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos á la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sinceros *votos* por su alivio, y sentian hácia su persona las mas fuertes *simpatias*; con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Browmista un tonífico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer precisamente en la botica

de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. — El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaria el mal, y que para sostener las fuerzas al enfermo no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo. — El *homeopático* puso á discusion la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg-Strelitz. — El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomitoni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que era ya pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; por último, despues de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el prócsimo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel

señor feo de cara, de que queda hablado, y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

Aquella noche, como la mas decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *gefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hizose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia por su parte envió á su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de Meditacion, encuadrado por Ale-

gría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compas con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvia á este en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y estendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corría de aquí para allí para que nada faltase á punto. Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de

evitar un acceso nervioso tenia entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormian en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstancias prorumpen en diversas exclamaciones. — “¡El médico, llamar al médico!” — ¡El confesor! — ¡El escribano! — Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienas; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca* y *espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mugeres chillan — ¡pobrecito! — “¡Se ha muerto!” — Los hombres imponen silencio á voces — la vieja reza en alto en un latin que no entenderia el mismo san Gerónimo — la señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá. El peligro y la atencion se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del

otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece alli como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á escepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero. — Aqui tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor don *Gestas Uñate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle. — ¡Ay Dios! exclamó el conde. ¡El escribano! me muero sin remedio. — ¿Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de usía á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios... —

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber. — No tardó este en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues. — Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirigiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.

IV.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables interlocutores que en él

se reunían, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias consiguientes en aquella casa. La prócsima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías de mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir. Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visages de su feo rostro, fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo ausiliador en derredor de la presunta heredera. ¡Oh leyes! ¡oh costumbres...!

Al frente de todos aquellos celosos servidores, distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia ecsistir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y

yacía arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita espresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inesplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los labios del jóven triunfador; este entonces, alzando la osada frente en señal de su prócsima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. — El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de ecsistir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declaraba en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdon á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pa-

sar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesion, y á proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que debia aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hízolo asi, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: "*Una noche de vela;*" y al final de él estampó esta firma

EL CURIOSO PARLANTE.

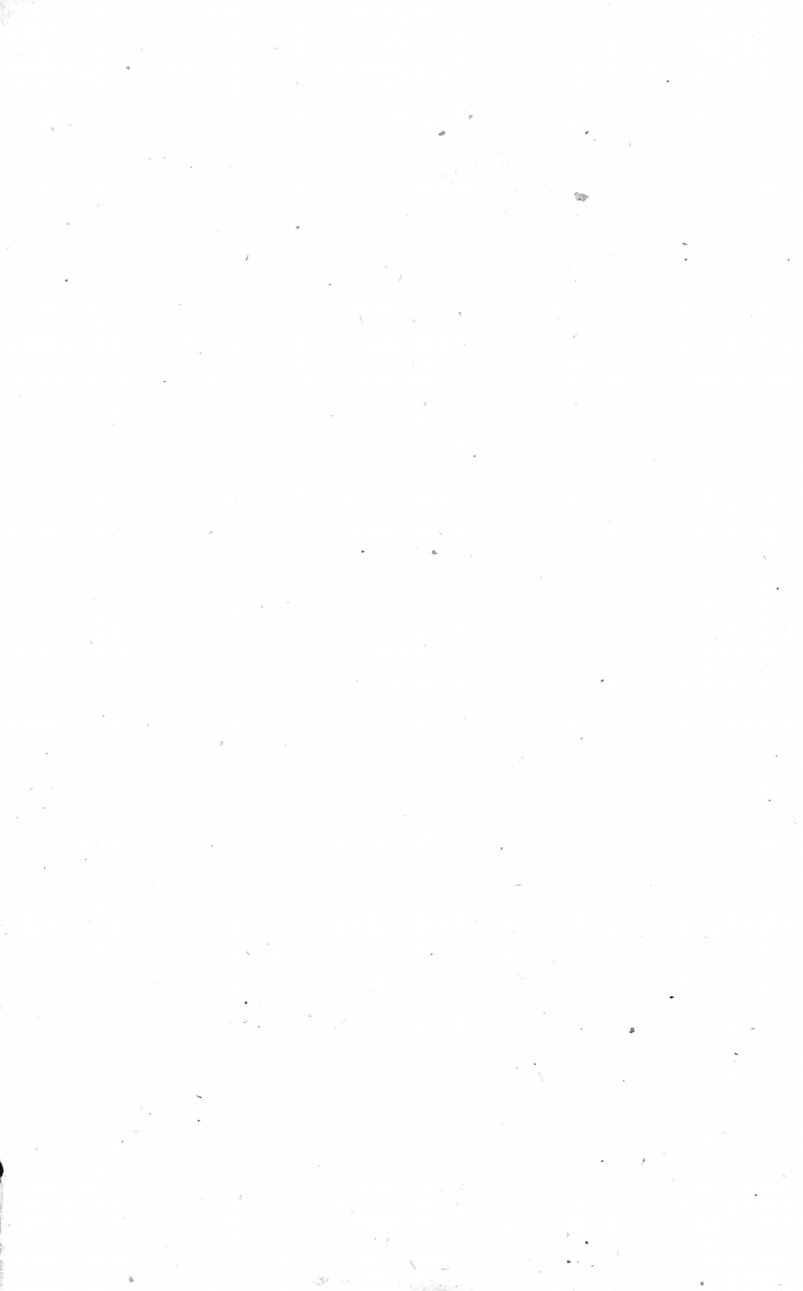
FIN DEL TOMO TERCERO.



ÍNDICE.

	Pág.
Mi calle (<i>9 de julio de 1837.</i>)	5
El Dia de toros (<i>22 de mayo de 1836.</i>) . . .	16
Una Visita á San Bernardino (<i>7 de agosto de 1836.</i>)	33
El Salon de Oriente (<i>5 de febrero de 1837.</i>) .	49
El primer dia en París (<i>28 de mayo de 1837.</i>) .	57
El Duelo se despide en la iglesia (<i>23 de julio de 1837.</i>)	71
El Cesante (<i>13 de agosto de 1837.</i>)	87
El alquiler de un cuarto (<i>27 de agosto de 1837.</i>)	101
El Romanticismo y los Románticos (<i>10 de setiembre de 1837.</i>)	112
Hablemos de mi pleito (<i>24 de setiembre de 1837.</i>)	133
La Almoneda (<i>1 de octubre de 1837.</i>)	150
De doce á una (<i>15 de octubre de 1837.</i>) . .	162
El Coche Simon (<i>29 de octubre de 1837.</i>) . .	178
Madrid á la luna (<i>12 de noviembre de 1837.</i>) .	194
Antes, ahora, y despues (<i>3 de diciembre de 1837.</i>)	215
Escenas de buardilla (<i>17 de diciembre de 1837.</i>)	237
El Teatro por fuera (<i>7 de enero de 1838.</i>) . .	262
Costumbres literarias (<i>31 de enero de 1838.</i>) .	277
Requiebros de Lavapies (<i>11 de marzo 1838.</i>) .	296
Una noche de vela (<i>25 de marzo de 1838.</i>) . .	301

Se hallará en Madrid en las librerías de *Escamilla y Cuesta*, y en las Provincias en las principales.





1028617



120164 7 104566 1